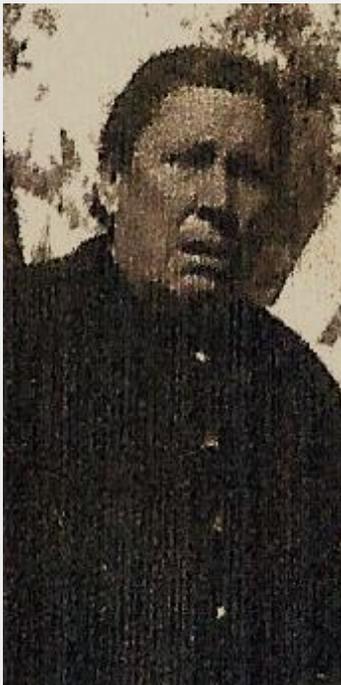


Entre los personajes más populares de Getafe de las décadas de la posguerra, está Fernanda Torrejón, popularmente conocida como LA CHEVELA.

En aquellos tiempos Getafe era el pueblo con más población de todos los de su entorno. Aunque había triplicado su población desde los 4444 habitantes de principio de siglo XX y pasado a los 12254 de 1950, seguía siendo el pueblo manchego que Azorín describió en su libro “La Voluntad”. Este pueblo manchego, por el desarrollo industrial, sería uno de los principales focos de atracción para muchos de aquellos que huían de la pobreza del mundo rural en busca una vida mejor. Este Getafe de posguerra y en transformación de agrario a industrial era en el que la figura de LA CHEVELA fue paradigma de mujer abnegada y entregada a la difícil tarea de sacar a su familia adelante.

LA CHEVELA fue un personaje popular, conocido y querido por todos los que en nuestro pueblo vivíamos. Ella, como otras mujeres de esa época, tuvo que hacerse cargo de su familia en las condiciones más adversas. Fue un ejemplo de lucha contra la adversidad en una sociedad tradicionalmente machista e intolerante. Ella, tras la muerte de su marido, a edad temprana, asumió el papel de “cabeza de familia” para criar y educar a sus cuatro hijos. ¡Y los sacó adelante ¡y ¡Con la sonrisa siempre en su cara ¡

Nació el 30 de mayo de 1896 y murió a los 80 años el 30 de septiembre de 1976.



Se casó con Marcelo Coto y tuvo cuatro hijos: Carmen, Saturnino, Pilar y Manuel

Pero, ¿cuáles fueron los trabajos y oficios que tuvo que hacer para mantener a su familia?

Pues, como veremos, realizó multitud de actividades y oficios. Todos al servicio de los demás. Por el que más se la recuerda es por el de “pregonera”. Pregonera en un pueblo sin pregonero municipal y, por tanto, sin sueldo.

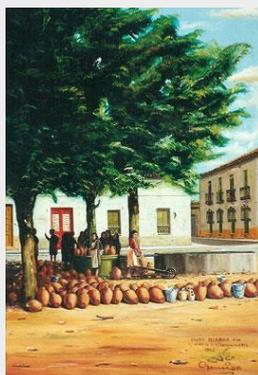
Según nos cuenta su nieta Antonia Coto, sus oficios fueron variados y algunos simultáneos. Los realizó prácticamente hasta casi su fallecimiento.

Todos recordamos su andar renqueante, ayudándose de su bastón. El reumatismo la acompañó muchos años. Ella lo soportaba con paciencia y sonriendo a todos los que se cruzaban en su caminar.

De su oficio más conocido, el de pregonera, todos recordamos su potente y cascada voz. A falta de la trompetilla o tambor propios de este oficio, avisaba con el sonido de los golpes de su bastón. En sus pregones incluía toda clase de información que los vecinos necesitaban conocer o dar a conocer. Lo mismo anunciaba los días de casquería, los fallecimientos, con su hora de entierro y funeral, las bodas, los objetos perdidos o cualquier otra noticia o evento. En una época que no existían los medios de comunicación actuales, en Getafe, todos conocían la “actualidad” local gracias a ella. Algunos apodaban a la Chevela también “La Actualidad”.

Normalmente hacía su labor informativa recorriendo todas las calles del pueblo, principalmente la calle Madrid. Los “pregones” los realizaba no solo por las calles y las plazas, parándose en las esquinas para dar la información, también, entraba en las carnicerías, pescaderías, tiendas, bares ... abría la puerta del establecimiento y la expectación y el silencio invadían el local. Desde la puerta, con su bastón de aviso y su potente, cascada e inconfundible voz decía: ¡Ha fallecido ... el entierro se efectuará a las 5 de la tarde¡, ¡Se ha perdido un anillo ... quien lo encuentre ...¡, ¡Hay casquería hoy, hoy hay casquería ¡ , ¡hoy se casa fulanito con menganita¡...

Además de pregonera también hizo otros trabajos. En los tiempos anteriores a año 1961 que llegó el agua corriente a Getafe, para tener agua potable en las casas, había que ir a las fuentes. En su entorno se hacían largas filas, generalmente solo de mujeres, que esperaban su turno para llenar sus cántaros y llevarlos a sus casas. Pues nuestra CHEVELA trabajó llevando cántaros de agua a las casas. Así se lo pedían aquellos que por alguna razón no podían o no querían hacer esta labor imprescindible para la vida doméstica.



También hizo de ama de cría. Al tiempo que amamantaba a sus hijos lo hacía con otros que sus madres no lo podían hacer. Su nieta nos dice que su abuela comentaba jocosamente que, antes de dar el pecho, le solían dar un vaso de vino y una sardina arenque, que después sus hijos, al mamar, también degustaban.

Estuvo sirviendo en casa de D. Lorenzo Azofra en la calle del Marqués. Allí, además, daba de comer a los conejos y gallinas del corral y que estaban en un “tejaíto” que había hecho el abuelo Marcelo.” Esa casa era de un alabardero del rey y creo que también fue el convento de las carmelitas (madre Maravillas)”.

Ya muy mayor trabajó en la casquería que estaba detrás de la “iglesia chica”, en la calle de la Cruz.



Comunión de su nieta Toñi Coto

Dibujos de Moisés Rojas en “Getafe Vive” y “**CARTAS A MIS MUJERES DEL SUR DE MADRID**” ilustrando artículos de Manuel Peña.



El Buzón de Getafe Personas,, hechos y cosas (5)

La Chevela

Fue un singular personaje de Getafe. «La Chevela», aún maltrecha por una enfermedad reumática, siguió realizando su labor por las calles del pueblo apoyada en un rústico bastón. Era la portavoz de todo lo que ocurría, y por ende, la concedora de cuanto ocurriera por la localidad.

Si alguien pretendía saber algo de Getafe, dar a conocer la venta de un producto, o conocer la hora de un entierro, no tenía más que abordarla en una esquina para enterarse de lo que ocurría. En los últimos años de su ajetreada vida, sólo se dedicó a vocear por los bares, peluquerías y comercios frecuentados por el público, los fallecimientos, entierros y funerales que se producían en el pueblo.

Pero durante su época de gran vitalidad se entregó por completo a resolver los problemas de los demás. Así, desde llevar el agua de las fuentes a las casas, mediante una carretilla con cántaros, hasta colaborar en las matanzas domésticas, «La Chevela» acudía allí donde fuera necesaria, poniendo su nervio y vitalidad a disposición de los demás. Siempre estuvo alegre. Aún dentro de su último quehacer, anunciando muerte y desgracia, la sonrisa aparecía presta en su rostro.

Cuenta que un tal «Venancio», otro personaje muy peculiar del antiguo Getafe, la imitó en una ocasión, anunciando el entierro del dueño de un bar, -el "Lion d'or" de la calle Madrid- estando el propio interesado jugando su acostumbrada partida de mus con unos amigos. Cuando reaccionaron, el «Venancio» ya había conseguido la distancia conveniente para evitar el lógico enfrentamiento. Este hecho, disgustó enormemente a nuestro personaje, quien nunca hubiera realizado algo semejante.

La desaparición de «la Chevela», figura entrañable del Getafe de la postguerra, fue muy sentida por los que la conocieron. Su espíritu alegre, sus ganas de atender a cuantos solicitaran sus servicios, y los esfuerzos por sacar a su familia adelante, la hacen merecedora de este modesto homenaje a su persona.

M. de la Peña

GETAFE VIVE M-PEÑA Y MOISÉS ROJAS

LA CHEVELA

Maltrecha por la enfermedad reumática de los últimos años, apoyada en un robusto bastón, era la portavoz de todo lo que ocurría en el pueblo. Si alguien pretendía saber algo de Getafe, o dar a conocer la hora de un entierro, no tenía más que recurrir a «la Chevela». En sus últimos años se dedicó a vocear por bares y peluquerías y en algunos lugares de reunión, las horas de los entierros y funerales.

Pero durante años se dedicó a resolver problemas de los demás. Así, desde proveer de agua a las casas, a lo que le ayudaba su hijo, hasta colaborar en una matanza, «la Chevela» acudía a todo con su nervio y espíritu de vida. Nunca se la vio triste. Aun dentro de su último oficio, anunciando la muerte y pena, siempre estaba dispuesta a una sonrisa.

Cuentan que un tal Venancio, aprovechándose de la actividad de «la Chevela», se asomó en el «Lion d'Or» anunciando el entierro de Juanito, el dueño del bar, que en esos momentos jugaba al mus la partida habitual. De momento, tanto Juanito como sus compañeros quedaron sorprendidos, hasta que reaccionaron y corrieron tras el célebre Venancio, que más ágil por su permanente contacto con la naturaleza, ya había puesto tierra de por medio.

CARTAS A MIS MUJERES DEL SUR DE MADRID

Mi querida «Chevela»:

Fue usted una mujer fascinante, Al menos así lo piensa este humilde escritor de misivas a las mujeres del Sur de Madrid. Y mire por dónde, después de mucho sopesarlo, hoy le ha tocado mi carta.

Cuando llegué a Getafe, allá por el año 1945, me asombraban las filas acaracoladas de cántaros en torno a las fuentes. Y entre ellos, la figura de una alta mujer, algo desgarbada y ayudada con una garrota, que con su hijo andaba presta en llenar los cuatro cántaros de una carretilla de madera.

Aquella estampa getafense no se me olvidará jamás. Máxime cuando años más tarde, después de la guerra mundial, algunos extranjeros venían a España en plan de turismo. Y como aún no estaba hecho el desvío de la carretera de Toledo, pasaban con sus flamantes «haigas» por la calle Madrid.

Las filas de cántaros, bien colocados, esperando la vez para ocupar un puesto en el caño, era algo que llamaba la atención a aquellos turistas ansiosos de la España de pandereta y toreros. Y sedientos de novedades, disparaban sus «Leicas» y «Argus» para recoger a las mujeres en plena tertulia y al omnipresente caracol de cántaros. No me extrañaría nada, mi querida «Chevela», que en algún concurso de aficionados de Europa o América apareciera su imagen, como símbolo de una España sedienta de agua y de otras cosas.

De verdad que echo de menos su figura. Sin usted, Getafe no es lo mismo. Sin su pregón anunciando entierros, funerales... y otras muchas cosas, no hay alma que se entere de lo que pasa por el pueblo. Usted, mi querida «Chevela», era la conciencia de todo getafense. Cómo podía faltar mengano al entierro de zutano, si la «Chevela» lo había publicado por tabernas, peluquerías, tiendas y hasta en el mercado. No fallaba nadie.

Ahora, con la moda de las esquelas, se «escaquea» el que quiere, alegando que en su barrio no la han puesto. se queda tan tranquilo.

Usted lo era todo. El pueblo palpitaba por medio de sus pregones. Y al golpe de su garrota se paralizaba toda actividad comercial, se acallaban los mentideros del lavadero, y hasta el carnicero mantenía el cuchillo en el aire esperando su pregón.

No. No me hago a la idea de un Getafe sin la «Chevela». Un beso muy fuerte, mi querida e indispensable amiga.

A la «CHEVELA», de Getafe

COSAS DEL PUEBLO – LUIS GALLEGO

¿Cómo voy a pasar de largo sin hacer mención de la popularísima "Chevela"?

De la calle El Marqués era esta mujer. Ya mayor y renqueante por su cojera que con trabajo sobrellevaba con una sencilla garrota que la servía de ayuda, se recorría el pueblo varias veces anunciando al público que ese día estaba abierta la casquería para que las amas de casa realizaran sus compras.

"¡Hay casquería, hoy!" "¡Hay casquería!"

Pregonaba.

"¡Hay manitas de cordero, asadura y carne!" "¡Hay casquería oiga!" "¡Hay casquería!"

Era el estribillo que a diario repetía sin cesar.

Actuaba como pregonera del pueblo y lo mismo anunciaba la casquería, como los entierros, los funerales, la pérdida de algún animal doméstico, cualquier acontecimiento que la pedían los interesados.

"Hoy a las cinco de la tarde Se efectuará el entierro de..."

O también:

"Se ha perdido una chiva marrón con una mancha... Quien la encuentre..."

No sé cuánto cobraría por estos servicios, pero es indudable que vivía de la función de pregonera.

Como digo vivía en la calle El Marqués cerca de la calle Escaño, junto a otros familiares. Pero el trabajo de estos era muy diferente, aunque también relacionado con el público. Su labor era la de laneros o colchoneros como así se les conocía.

En aquellos años, nada de colchones de espuma, que no se conocían, ni canapés, ni módulos de muelles y telas prefabricados, que tampoco había. Entonces eran los colchones de toda la vida, de lana o en su defecto de borra, que las mujeres tenían que mullir para hacer la cama a diario.

Estos colchones necesitaban que cada cierto tiempo, años acaso, los colchoneros y vareadores, a petición del ama de casa, descosieran la tela que los envolvía, sacaran la lana, la lavaran, la secaran y con unos palos apropiados, curvos en la punta, la varearan y apalearan hasta que la lana recobraba nuevamente su esponjosidad. A partir de ahí recomponían nuevamente el colchón y con un precio previamente pactado se lo entregaban a la dueña.

Era en la calle Arboleda, siempre la calle Arboleda, por ser espaciosa, el lugar preferido por estos laneros para trabajar los colchones. En ella descosían, lavaban, secaban, vareaban y rehacían los colchones de las casas del pueblo.

Si nos damos cuenta esta calle Arboleda hacía de desahogo del pueblo. A ella venía a parar todo lo malo.

Como he dicho, por ser esta calle la más espaciosa, lo mismo se empleaba para esquila los burros poniendo el suelo lleno de pelos muy molestos, que para el vertido de las aguas residuales y los orinales, que para el último descanso de un caballo reventado. Su insoportable mal olor, los mosquitos, las lagartijas y las ratas eran los asiduos ocupantes de esta zona. Pues, a esto añadamos también ahora el vareo y arreglo de los colchones con la consiguiente molestia de los hilos de lana volando. Aquí venía a parar todo lo malo del pueblo

La Carruca: Ella fue la que heredó de la "Chevela" el oficio de pregonera del pueblo. Pero además, como tenía que dar de comer a tanto vago, hacía recados, vendía periódicos, limpiaba escaleras. La "Carruca" hacía de todo.